

Atenea for managers

DE distintas formas y en diferentes momentos he intervenido activamente en cursos de informática para ejecutivos. Mi impresión es que tenían el mismo efecto sobre el auditorio que el que tiene representar una sesión de juegos malabares ante una asamblea de invidentes.

El caso es que planeábamos los seminarios (en ocasiones los denominábamos así, queda más fino) con gran cuidado. Elección de un buen hotel, medios audiovisuales, buena documentación, todo lo necesario en cuanto a confort. Temario: introducción (muy dosificada) a los ordenadores y la informática, proceso de desarrollo de una aplicación, tipos de aplicaciones, organización de la informática dentro de la empresa, costes y beneficios, aspectos humanos, etc. A veces utilizábamos —uso el plural, porque en estas o parecidas aventuras nunca he estado solo y otros colegas han vivido lances parecidos— los propios locales del cliente, en horarios a su gusto para no entorpecer su importante actividad empresarial. Nada. Frialdad en los receptores del curso, cortesía, preguntas inquietantes o triviales, ausencias frecuentes..., todo un muestrario de actitudes como para causar el más serio desasosiego al conductor de la reunión, quien procuraba por todos los medios disimular su condición temporal de profesor. Y eso que generalmente contábamos con la esforzada colaboración de los comerciales de nuestra firma, que solían acudir sobre la hora

del café o del almuerzo o apoyarnos con su didáctica presencia alrededor de un buen yantar o de una copa. Ni por esas.

Tratando de profundizar en el misterio, me documentaba al máximo dentro de mis posibilidades sobre la psicología y las actitudes de los managers. Así, he aprendido que, en muchos aspectos, su cultura laboral tiene que ver, más de lo que podría parecer a primera vista, con antiguos ritos y supersticiones. Hice mios sus motivaciones, su lenguaje, su sociología. De aquella época terminé mi última experiencia al respecto hará unos cinco años data mi pequeña biblioteca sobre «management», que, incluso me permitía, llegado el caso, entrar en profundas disquisiciones acerca del enfoque cibernético de la gestión de empresas.

Poco menos que imposible resultaba derribar la barrera psicológica de aquellos ejecutivos. Ni había tiempo ni era ocasión. Gada ejecutivo se construía una coraza a su medida, dentro de una infinita variedad de mecanismos de autodefensa. Todo, antes que descender a una posición de vil alumno. Otras circunstancias distintas a las que rodeaban los cursos en que me

he visto involucrado habrán permitido acaso mejores logros. Por ejemplo, esos cursos residenciales en castillos y paradores, a gastos pagados, cuyo aprovechamiento docente se mediría después ¡oh, misterios del training! en puntos de contrato. Los programas de formación de las escuelas para ejecutivos también constituían y constituyen ocasión propicia, por la simple razón de que los managers acuden a ellos normalmente despojados de su condición de tales y revestidos del rol de alumnos, colocados en toda su funcional desnudez ante los compañeros, la informática y el profe, que lo es y no tiene por qué ocultarlo.

Pero la piedra angular de su resistencia se escondía en la misma informática que, con apariencia de abrirles los brazos, los rechazaba, porque era, es, una informática modelada a la medida de, y hecha por, informáticos. Desde hace unos años, la industria informática, en su imperialismo económico, ha iniciado una labor de captación del usuario final creando o adoptando progresivamente, con ese fin, instrumentos más o menos afortunados. La última incorporación corresponde al ordenador personal.

Sólo falta diseñar los modelos organizativos y los métodos para integrar el nuevo instrumental y acoplar a la orquesta los nuevos instrumentistas, porque hay que escribir nuevas partituras para ejecutar otra clase de música. Aunque, por tradición, eso vendrá después, ya que en informática casi siempre se han puesto primero las casas y los automóviles y más tarde se han tendido las líneas telefónicas, las carreteras, los colegios y hospitales, los servicios. Es ya una vieja costumbre.

Por mi parte, para encauzar la alfabetización informática de los ejecutivos, veo enormes posibilidades en el ordenador personal, con el que en principio se hace factible anular el distanciamiento físico y lógico impuesto por los materiales clásicos. Este es un punto de apoyo semejante al que, sino recuerdo mal, pedía Arquímedes.

Desde luego que no bastará con poner a los ejecutivos frente a un ordenador personal. Hay que hacer algo, un plan o algo así, porque no vamos a esperar 25 años a que los niños del Proyecto Atenea se conviertan en ejecutivos. Creo que en este caso le toca al Ministerio de Economía diseñar su proyecto de alfabetización informática para los ejecutivos de ahora e imagino, incluso, que, al haber sido admitidos en este preciso momento a participar en la construcción de Europa, la cosa puede haberse hecho más urgente. Que lo diseñe, si le parece conveniente, aunque, la verdad, no estoy muy seguro de que le resultase beneficioso dejarse asesorar por los actuales expertos del Ministerio de Educación.

Por Fernando Sáez Vacas